

siasmo en los corazones que bien se quieren; mas cuando esa amistad arraiga no sólo en las almas gigantescas como la de un Aristóteles y un Alejandro el Magno, sino que se basa en corazones saturados del heroísmo de la santidad cristiana, entonces esa virtud recibe un brillo inmaculado y purísimo, el amigo pasa á ser un santo, el amor se transforma en caridad y une á los genios en lazo bendito y apretado, realizando las hazañas más peregrinas y las aventuras más legendarias y milagrosas.



CAPITULO VII

LA CUESTIÓN RELIGIOSA

Es la envidia la pasión más ruina y baja de todas y una de las que tienen más arraigo en el corazón humano. Desde Lucifer con su cuadrilla hasta Caifás y Anás con su chusma farisaica; desde la historia de José vendido por sus hermanos hasta el proceso de Carranza y el encarcelamiento del Maestro León; desde que en el mundo apareció el primer fraticida dando muerte al inocente Abel hasta los innumerables fosforeros al uso que cubriendo un alma ruin y mezquina con una levita ó un frac que acaso no sean legítima propiedad de quien los gasta, se dedican á cacarear el humanitarismo y la democracia á pendón tirado cerceando ó atropellando á quienes les viene en ganas los derechos más sagrados é individuales,

la envidia ha hecho su nido en multitud de corazones bastardeados y con su aliento pestífero ha emponzoñado infinitas almas y ha puesto sus garras en personas de honra muy limpia con el fin de ensuciar esa limpieza y de dar al traste con la honradez y la virtud: que tal es el oficio de la envidia; malear lo sano, profanar lo limpio, maliciar sobre lo honrado y destrozar lo que tiene algo de entereza y de perfección. Y cuanto más acrisolada sea la limpieza y más hermosa la honra, tanto más se ensaña y desbrava el envidioso procurando dar salida al veneno de su corazón envilecido y miserable.

Por eso Jesucristo, que fué el vástago más bello que han visto los mortales en el desierto de la vida, ya que Jesús era el Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad, fué también el que más de plano se vió acosado por la envidia que no cejó en sus perversas intenciones hasta que pudo segar en flor aquella existencia preciosa y hasta que vió en un patíbulo al bendito Redentor, imán de las almas y hechizo de los corazones.

Después de Jesucristo y adoctrinados con su ejemplo, sus más adictos servidores, han aprendido á ser el blanco de la envidia y de la malignidad, y víctimas de esa pasión innoble son todos los héroes cristianos desde los Apóstoles hasta los Mártires, los Confesores y las Vírgenes, el procer te-

meroso de Dios en medio del fausto y del bureo y el apartado cenabita cuya compañía la forman las maravillas de la naturaleza.

Vino en el discurso de la historia cristiana el siglo XIII, siglo de oro y de perlas para la Iglesia católica que apareció en medio de aquellos tiempos como la Reina y la Señora de la civilización y empuñando en su diestra la antorcha de la verdadera luz y del progreso más fundado. Los valientes defensores de la causa de Dios, se multiplicaron como las briznas del campo, y llenos de gloria, coronados de honor bajaron al palenque para reñir con los poderosos adversarios, las batallas en que se vinculaba la honra de la virtud cristiana y el más claro resplandor de la Religión de Jesucristo. Los colosos de la época, los sabios más insignes, los adalides más hercúleos, florecían en el seno del catolicismo, y en falanges hermosísimas se derramaban por el mundo desafiando con bizarria y denuedo á los enemigos é invitándoles con sublime coraje á medir el campo y á esgrimir las armas en la arena de la lucha. En presencia de estos escuadrones esforzados y aguerridos, el monstruo de la envidia no pudo menos de estremecerse y bramar iracundo, y agitando en su enojo el polvo con sus plantas infames, trató de inocular el virus de su rabiosa venganza en corazones estrechos y apocados. Y como en el siglo XIII, lo mismo que

en los V, VI, y VII y en el X y el XI, y desde entonces acá en todas las épocas de la historia, las Órdenes religiosas eran y han sido siempre *la vanguardia, de la Iglesia y la pupila de sus ojos* (1), como los individuos de las Asociaciones religiosas, son en todos los tiempos los adalides y valientes caudillos de las milicias cristianas y los capitanes de las cruzadas que se levantan en contra del error y de la inmoralidad, los miembros de esas Órdenes gloriosas fueron en todas las épocas y máxime en el siglo XIII, el blanco y objetivo de todas las furias de la envidia y de la malquerencia de los espíritus rastreros y menguados.

Triunfaron los religiosos en el siglo XIII, porque Dios escogió como abogado de su causa al gran Santo Tomás de Aquino; en épocas sucesivas también la Providencia ha deparado quienes se encarguen de la defensa y reivindicación de las Órdenes religiosas, y en nuestros días de lucha y de inquina fanática contra la causa del Señor, es el Patrono y abogado augusto de las perseguidas Órdenes el Pontífice de Santo Tomás, el venerable León XIII que se ha puesto al frente de su honra y se ha empeñado gloriosamente en su defensa.... Y no hay que temer la ruina y la destrucción de

(1) Palabras de Su Santidad León XIII en el Breve dirigido á los Superiores de las Órdenes religiosas con motivo de las recientes persecuciones promovidas en Francia, Portugal y España.

la obra del Altísimo: y aunque al són de la *carg-magnola* y de la *marsellesa* se trame la expulsión de los religiosos y se destruyan los nidos para ahuyentar los pájaros como decían allá por el año 34 del pasado siglo, nada importan todas esas carocas y baladronadas: los pájaros volverán con nuevas armonías, la hierba del campo segada, tornará á salir con nuevos bríos, y mientras luzcan en el cielo las estrellas y embalsamen la atmósfera las flores, la verdad de Dios escrita en el fondo de los escudos de las Órdenes religiosas, permanecerá siempre llena de gloria y henchida de fulgores celestiales.

Pero volvamos al siglo XIII.

No hacía aún muchos años que los dos ínclitos Patriarcas, el querubín de Caleruega y el serafín de Asís, habían fecundado al mundo cristiano con las dos celebérrimas familias de los Predicadores y los Menores. Llamáronse Órdenes *mendicantes*, porque en la prístina estrechez de sus Constituciones, no se permitía á sus individuos vivir de rentas peculiares, sino que debían *mendigar* como pobres el sustento y la limosna. Y ¡cuántos prodigios obró el cielo en honra y obsequio de aquellos nobilísimos religiosos, que renunciando toda pompa mundanal, en sólo Dios ponían el centro y el descanso de sus almas generosas y heroicas!... Pocas veces se vió en la historia desde los tiempos

apostólicos un alarde de fuerza moral y de virtudes excelsas semejante al que ofrecieron, desperdigados por la tierra, los hijos de San Francisco y de Santo Domingo. Hechos los amigos de Dios y formados en escuadrones milagrosos en que entraban los próceres más insignes y lo más florido de la sociedad en sus diversas esferas, los dominicos y los franciscanos volaban como las nubes empujadas por el viento de la gracia divina é iban repartiendo por los confines del mundo la luz y los tesoros de que el cielo les había colmado. La ciencia estuvo gallardamente representada en los genios más tallados que se educaron en los claustros de las Órdenes hermanas; el arte recibió hermoso empuje y desarrollo en los colosales templos levantados por los dominicos y los franciscanos; la santidad tuvo preclarísimas figuras en incontables individuos que, criados con sujeción á las leyes de Domingo y de Francisco, eran el pasmo de los ángeles y el asombro de los mortales; la aristocracia misma abrió sus senos y entregó á las Órdenes mendicantes lo más granado de la sociedad, y los doctores, los canónigos, los Obispos, los Cardenales, los Papas, los hijos de los reyes, los condes, los magnates de aquella Edad caballeresca por antonomasia, se ofrecían espontáneamente á ser alistados en las filas de los aguerridos ejércitos de quienes eran caudillos el Apóstol cas-

tellano y el Serafín de Italia. En poco tiempo sonó el eco de la voz de los dominicos y de los menores en todos los ámbitos de la tierra, y el hábito blanco de los unos y el pardo sayal de los otros, se hicieron simpáticos á todos los pueblos, y el rosario dominico y el cordón franciscano, fueron las mágicas cadenas con que se ligaron infinitos corazones. No hubo región que estos nuevos apóstoles no visitaran, ni lugar por árido que fuese que no santificaran con su presencia, ni tribu salvaje que no oyera la palabra de caridad y de amor con que atraían misteriosamente las almas al seno de la verdadera religión.

Mas estas mismas hazañas que parece debían ser los timbres de su apogeo y la causa de su creciente prosperidad y desarrollo, fueron el motivo de la persecución y de la polvareda que de improviso se alzó contra los heroicos hijos de la Cruz y del sacrificio. No pudieron los envidiosos mirar con buenos ojos el avance y la fecundidad de las nuevas Órdenes, y con capa y color de justicia al principio y so pretexto de defender la integridad de la Religión y de la Iglesia, dijeron ya en el siglo XIII los enemigos jurados de las Órdenes religiosas, lo que hoy barbotan como novísima invención los que abominan y hacen ascos de las influencias de las mismas Asociaciones: «Hay que poner dique, dijeron unos y repiten otros, á la preponderancia

de las Comunidades religiosas, porque, 1.º usurpan con su predicación y enseñanza oficios que no les competen: 2.º hacen despreciables á los curas de almas haciéndoles aparecer faltos de letras y de virtud: 3.º trastornan el orden social con su influjo, y 4.º pervierten la armonía de la misma Iglesia Católica con sus privilegios y exenpciones.»

Puesta la primera brasa, el incendio no tardó en propagarse, y lanzado el primer grito, la algarabía no se hizo esperar por mucho tiempo. Y como los adversarios cubrían su audacia y sus perversos planes (exactamente como los de nuestros tiempos) con una capa exterior de piedad y de razón, el combate arreció, la envidia hizo la suya, y con motivo de no sé que fruslería, los doctores de la Universidad de París comenzaron sus ataques á las Órdenes religiosas; y á pesar de las protestas del Pontífice Inocencio IV, fueron excluidos del claustro universitario los dominicos con los franciscanos y condenados á no tener escuelas públicas en París. Siguió el negocio más adelante, y ganado por los maliciosos y taimados enemigos, el mismo Inocencio IV prestó oídos á las querellas dirigidas contra las Órdenes mendicantes y suprimió la mayor parte de los privilegios que gozaban legítimamente las dos familias gemelas.

Pero la mano de Dios que ha prometido custo-

diar al justo en sus pruebas, no tardó en descubrirse á favor de la inocencia perseguida.

Una noche en que un venerable religioso dominico del Convento de San Pablo de Palencia, rogaba al Señor que pusiera término á las desdichas inmensas que pesaban sobre su Orden querida, arrebatado en éxtasis creyó hallarse en medio de una desecha tormenta que amenazaba inundar el mundo. Después de largos horrores, calmóse la tempestad enfurecida, mas quedó el ambiente impregnado de espíritus malignos, que divididos en huestes numerosas, corrían sin descanso del uno al otro confín del orbe. En medio de tamaño desconcierto, se dejó ver el Hijo de Dios y con Él una brillante escolta de ángeles cabalgando sobre gallardos alazanes que piafaban con arrogancia en el polvo ganosos de acometer. El estandarte de Jesús ondeaba en hermosos pliegues y en ellos se leía escrito con letras de oro y de luz: Jesucristo de Nazaret, Rey de los Judios (I. N. R. I.) Entonces el amoroso Redentor, sonriendo con amor infinito, envió á uno de sus legados con el encargo de decir al santo dominico que veía absorto esta manifestación de la divina gracia: No temas: anuncia á tus hermanos que son los fieles servidores de mi Padre y que yo tomo por mi cuenta la defensa de su causa; que en el entretanto, se abstengan de disputar con el clero, que sufran con resignación los

últimos pasos de su calvario, porque se acerca ya el día del triunfo y de la corona.—Tras estas palabras, despertó el varón de Dios de su místico arrobamiento, y pudieron ver sus ojos á la Virgen Madre, pura más que las auras y el terral, hermosa más que la rozagante primavera, que hablándole con amor dulcísimo, le consoló en su amarga aflicción prometiéndole con su Hijo su amparo y patrocinio soberano.

Esta visión tuvo lugar un día, primero de Marzo: pocos días después se supo en el Convento de Palencia que la bula de Inocencio IV, había sido revocada, y muerto en brevísimo plazo el Pontífice, su sucesor Alejandro IV volvía por la honra de las Órdenes religiosas y exhortaba enérgicamente á los Obispos á salir á la defensa de su causa.

No cedió de plano la envidia ante la actitud de los nuevos abogados de la causa religiosa, y aunque el supremo Jерarca de la Iglesia ordenó por un Breve apostólico que Santo Tomás de Aquino fuese reconocido oficialmente como Maestro y Doctor en plena Universidad, los profesores haciéndose los no entendidos y los suecos, no dieron por entonces oídas á la propuesta y continuó la malquerencia y la discordia fomentada principalmente por Guillermo de Santo Amor que publicó un folleto titulado: *Los peligros de los últimos tiempos*. Excusado es decir que para Guillermo los pe-

ligros eran los religiosos dominicos y franciscanos á quienes con superfina caridad (!!!) llamaba *desvergonzados, falsos profetas, ambiciosos, ladinos, hez de las sociedades*, etc., etc.

Pero la verdad no se discute con apodos ni á candilazos, sino con razones y argumentos serios. Púsose la cuestión *sub judice*, llevóse el libro de Santo Amor á Roma y nombráronse defensores y abogados de ambas partes. Entre los partidarios de Guillermo, estaban los que, como el autor infame, se bebían los vientos por acabar con la obra del Señor; entre los defensores de las Órdenes religiosas se encontraban las eminencias dominicanas y franciscanas como el Beato Humberto de Romans Geneneral de los Predicadores, el Beato Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y otros preclarísimos varones. Las dos Órdenes perseguidas redoblaban su fervor y en devotísimas oraciones levantaban al cielo su corazón en demanda de misericordia y de clemencia. La Santa Madre de Jesús bajaba frecuentemente de su trono á consolar y bendecir á sus fidelísimos siervos y en hermosas apariciones, les prometía su ayuda y les aseguraba la corona del triunfo.

No les engañaba la dulcísima Reina del cielo.

Comisionado el Ángel de las Escuelas para responder públicamente á Guillermo de Santo Amor, y llegado el día de la prueba, habló el Doctor an-